

A todos llega San Fernando

Por aquí es más popular el dicho de que a todo cerdo le llega su San Martín, para expresar que a todo ser humano le llega su momento de pagar los desatinos, su momento de desgracia o de muerte. Y es que el destino del cerdo, allá a partir de San Martín, el 11 de noviembre, es entrar en el corredor de la muerte, después de una vida de holganza y de regalo, comer y dormir, dormir y comer.

Hay una fabulilla que explica muy bien el final cruento¹ en plena juventud de un ser que se criaba a caprichos. Es aquella en la que el burro de la casa se quejaba de su destino de bestia de carga, mal considerada y peor alimentada, en contraposición con la vida de mimos del cerdo. Pero cuando el borrico vio al cochino el día de la matanza, se volvió a su cuadra, conforme con su suerte y entendiendo que tanta felicidad no podía ser y que el destino suele compensar.

Pero hay otra frase muy parecida a la del cerdo y su San Martín, que, no obstante, me parece a mí que es más ampliamente expresiva que la del marrano,

¹ Sangriento

porque deja entrever como un destino vengador, que va poniendo las cosas en su sitio. Es esa frase de que «a todos llega su San Fernando».

Esta expresión alude a un doble hecho histórico. Primero, la entrada de Almanzor en Santiago, el año 997, y el saqueo de la basílica del apóstol. Almanzor, para escarnio¹ de los cristianos, hizo trasladar a hombros de prisioneros las campanas de Santiago hasta Córdoba, en cuya mezquita sirvieron de lámparas una vez colocadas boca arriba. El segundo episodio sería la conquista de Córdoba en 1236 por Fernando III El Santo, que hizo devolver las campanas, a hombros de moros cautivos, a la basílica compostelana.

Así, pues, decir que a todos llega su San Fernando es tanto como decir que el tiempo se encarga de poner las cosas y personas en su sitio, aunque a veces, ya ven, tarde siglos.



GONZALO ORTEGA ARAGÓN

¹ Burla

La novia de Iruela

Se cuenta que en Iruela, un pueblo de la provincia de Jaén, hubo, hace siglos, una novia que se hizo famosa por haber estado tres días arreglándose y, cuando al fin iba camino de la iglesia para casarse, se le cayeron los calzones en medio de la calle.

De este hecho, más o menos real o seguramente supuesto, sacaron un largo dicho los de los pueblos cercanos, con la doble intención de mofarse de los de Iruela y de servir de advertencia para muchas ocasiones de discurrir paralelo. Y así, se decía por aquella comarca lo de «La novia de Iruela, que tardó tres días en arreglarse y se le cayeron los calzones en medio de la calle». Dicho que se repetía cada vez que alguien tardaba mucho en hacer algo y encima lo hacía mal.

Esta comparación popular, ya digo que seguramente basada en un hecho fantástico más que real, tiene, no obstante, una expresividad redonda. La novia que quiere presentarse a la boda bien engalanada y que no desea dejar ningún cabo suelto, sin importarle estar tres días de arreglos y ajustes, para al final

perder los calzones por la calle, o sea demostrar ser una descuidada que le valió el mayor bochorno¹.

Y es que en la vida personal, familiar y social ocurren muchos episodios como el de la novia de Iruela, unas veces por escasas sabiduría y destreza y otras por ignorancia o descuido. Como viene a significar también ese dicho popular aún vigente entre nosotros de que para ese viaje no hacían falta tantas alforjas. O sea que para un resultado decepcionante no son necesarios ni tanto tiempo ni tantos equipamientos.

Ocurre a veces con ciertas obras públicas, que, después de mucho esperarlas, pierden los calzones en cuanto se ponen en movimiento. O como ciertos estudios que, después de plazos y más plazos, terminan asegurando que el río baja cuesta abajo. Que no me digan que no es una calzonada, y seguramente sucia.



GONZALO ORTEGA ARAGÓN

¹ Desazón o sofocamiento producido por algo que ofende, molesta o avergüenza.

Castillos y Castillerías

Raro será el pueblo de nuestra provincia que no presuma de castillo, aunque de él no quede piedra ni arenilla. Y digo que no presuma porque en su toponimia¹ menor suele haber algún nombre o nombrajo que hace referencia a fortalezas, torres defensivas, castillos y castros².

Las referencias son, en general, muy normales, a veces con ciertas variantes populares, pero en ocasiones las referencias han terminado siendo un tanto extrañas, de manera que hoy pueden parecer otra cosa distinta de lo que fueron.

Por ejemplo, en Villaumbrales hay un pago³ llamado Tordelobos, que traducido al completo sería la Torre de los Lobos, con lo que no sabemos si la fortaleza perteneció a la familia Lobos o fue un refugio de alimañas⁴ o vayan ustedes a saber otra explicación. Y parecido ocurre en Población de Arroyo, con su término de Torrelobos, qué miedo.

¹ Conjunto de los nombres propios de lugar de un país o de una región.

² Poblado fortificado en la Iberia romana.

³ Distrito determinado de tierras o heredades, especialmente de viñas u olivares.

⁴ Animal perjudicial a la caza menor; p. ej., la zorra, el gato montés, el milano, etc.

En Herrera de Pisuerga existe el pago de Torre-
cuendo, que parece una corrupción¹ popular de To-
rrecuende, o sea Torre del Conde. En Zorita del Pá-
ramo se ha conservado la denominación antigua pero
buena de Torrecuende.

En Baños de la Peña existe el paraje de Matatorre,
que en principio podría parecer una barbaridad si
tomamos el primer componente como del verbo ma-
tar. Pero está claro que el mata- se refiere a monte
y por tanto hay buena conjunción entre uno y otro
componente, porque sería el Monte de La Torre. La
misma composición encontramos en San Salvador de
Cantamuda y en Tremaya, donde existen los topó-
nimos de Matacastillo.

En Verdeña, el mismo topónimo aparece con sus
componentes desligados: Mata Castillo. Por cierto
que por Verdeña debió haber torres y castros para
dar y tomar, porque se conservan cinco topónimos
con referencias a antiguas fortalezas, algunas tan
extrañas como Castro de las Mentiras o La Valleja
Torrejuela, ya ven.

¹ Alteración o vicio en un libro, escrito o palabra.

Dichos y Tomados

Como la gente cada vez es más suya y cada más parece más cabreada, hay que tener mucho cuidado con lo que se dice y cómo se dice. Porque el peligro, a veces, está no en algo mal dicho sino en algo mal tomado.

Como ejemplo de reticencias, tiquismiquis y sospechas a la hora de interpretar algo, se cuenta aquella popular historieta sobre un marido consentido que, al oír que alguien le saludaba con una cariñoso ¡Adiós, amigo mío!, el hombre fue sacando este hilo de deducciones:

«Eso de mío se le dice al gato; el gato come ratones; los ratones comen queso; el queso se hace de la leche; la leche sale de las cabras; el macho de las cabras es el cabrón..., luego eso es lo que ha querido llamarme el muy canalla».

Y termina la historia con el marido complaciente desafiando a muerte al que le llamó ¡amigo mío!

Está claro que el cuentecillo es un mucho exagerado, pero no me digan que no es un ejemplo para bien entender.

Hubo una época en que la campechanía rural utilizaba mucho la expresión de ¡Qué hay, amigo!, para saludar incluso a los desconocidos pero coincidentes en algún lugar. La expresión, para que resultara más acercadora, más intimante, sonaba así como ¡Cai, amigo! Y generalmente el saludo era aceptado de buen grado y como inicio de una amistad más o menos floreciente. Pero a veces se topaba ese saludo campechano y de paisanaje con sujetos de mala recepción y trato avinagrado, que respondían con un ¡De amigo, nada, conocido y basta!

Bueno, pues las vinagretas parece que se han multiplicado en la proporción en que todo el mundo se siente rey de cielos y tierra, frágil como una mariposa. Que es lo del otro día, que le dices a uno que qué bonita chaqueta llevas y te contesta que el marica será tu abuelo. ¿En qué estaría él pensando?

Chollo a la italiana

Ustedes habrán creído siempre que lo del chollo lo hemos tenido que inventar los españoles, que no hay gente más chollista que nosotros, siempre buscando gangas, aprovechamientos, ganancias fáciles y puestos de no dar golpe.

Pues no, el chollo lo inventó un italiano, que precisamente se llamaba Cioglio, que se pronuncia Chollo, que se vino a las Españas con Carlos III, tras la muerte de su hermano Fernando VI.

El tal Cioglio pidió licencia municipal para poner en Madrid sillas en la calle, en el recorrido de las procesiones, las comitivas regias y los desfiles. Naturalmente, las sillas las alquilaba a quienes querían ver sentados esos vistosos acontecimientos.

Y tal fue el éxito de su iniciativa que tuvo que poner miles de sillas y hasta bancos corridos para atender a la clientela. Lo que le proporcionó, con muy poco trabajo y escaso capital expuesto, una enorme riqueza en muy poco tiempo.

Como el negocio era callejero y espectacular, todo el mundo se dio cuenta de él y desde entonces a cualquier negocio de ganancia fácil y rápida, a cualquier prebenda de buenos beneficios, a cualquier trabajo de bien cobrar y poco trabajar, se le llamó con el nombre del avispado italiano, es decir como un Chollo. Y como chollos quedaron esas definiciones, de manera que ese vocablo es hoy absolutamente corriente en el habla popular, aunque en otras esferas parlantes se hable de tráfico de influencias, pelotazos y mangancias.

Explicado, pues, el curiosísimo origen del vocablo chollo, tengo que rectificar lo dicho más arriba, dicho sin precisión pero por entrar en materia, porque lo que hizo el señor Cioglio fue solo dar nombre a lo del negocio fácil. Porque lo de la invención del chollo hacía siglos que lo había hecho por aquí. Que buenos somos nosotros para estas cosas...

Del ingenio popular

Al hablar del ingenio popular y espontáneo, no voy a defender ni que lo popular sea siempre ingenioso ni que lo ingenioso sea siempre popular. Entre mis notas de esa genialidad espontánea de calle, tengo tres viejas anécdotas, que les cuento:

Aquel pescatero que llegaba al pueblo montaba su despacho en un rincón de la plaza. Al acercarse unas señoras, él lanzaba su cantinela: ¡Sardinas frescas, de hoy mismo. Chicharros frescos de hoy! Y al llegar, una de las señoras le saludó con ¡Qué mañana más fresca! A lo que el pescatero respondió con espontaneidad: ¡Como que también es de hoy!

En aquel corrillo de mujeres, en la plaza del pueblo, se felicitaba a una de ellas, más o menos de la misma edad, que vivía fuera desde hacía mucho tiempo y que aquel día cumplía años. Una de la contertulias se atrevió a preguntarle cuántos años cumplía y ella le contestó que 54. Las demás se quedaron de piedra ante la trola de rebaja, hasta que una, con un sonrisa socarrona, exclamó: ¡Mujer, enhorabuena, vas vale tarde que nunca!

A aquel chaval, balarrasa y trabucaire, con fama ya de ingenioso, parlanchín y desconsiderado, le estaba echando su padre una bronca monumental porque había estado hablando con el maestro y éste le había informado de que el muchacho no pegaba golpe, se pasaba las clases en blanco y además revolvía el cotarro escolar constantemente. El padre tomó un tono sermonero y le dijo ante varios espectadores: Chaval, que todos hemos venido a la Tierra a trabajar y aquí el que no trabaja no come...

Y el muchacho, que le miraba la padre con una sonrisa entrecortada, saltó como una escopeta: No te preocupes, si en la Tierra rige esa norma, me alistaré en la Marina...

Confieso que algo parecido lo he oído luego contar como chiste. Pero sigo con la impresión de que aquellas fueron manifestaciones del ingenio.